

El Sermón Oculto

Ali ibn Abi Talib (Alá lo tenga a su lado), a lo largo de su santa y fructífera vida nos dejó su sagrada palabra en numerosos sermones y cartas.

El tiempo, con su pesado manto cayó.

De la misma manera a como las finísimas hebras forman trenzadas una soga robusta, numerosas bocas repitieron sus palabras para que no se perdieran.

Para que no cayera tan grande obra en la confusión, Sharif Razi las recogió e hizo un libro. Lo llamó 'Cumbre de la elocuencia'.

Uno de sus sermones, uno muy valioso y delicado, de una trascendencia sin igual, no fue recogido en el libro.

Desde entonces se sucedieron muchos días con sus soles y muchas noches iluminadas por la luna, tantas que una sola cabeza no podría recordarlas.

Algunos sabios creen que un velo de sencilla inteligencia cubrió tales palabras para ocultarlas al Gran Enemigo, pues en ellas se esconde el instrumento de su derrota.

Otros creen, que el sermón se ocultó porque su lectura podía quitar la vida o prolongarla eternamente; tal es el poder de su comprensión.

O, quizás, fuesen las dos cosas; eso solo Alá (el Misericordioso) lo sabe y simplemente yo lo cuento.

Escuchad, hermanos, estas palabras. Escuchad atentamente pues, aunque sean palabras muy sencillas, ellas guardan la Ley de la eterna batalla. Escuchad y que Alá, el Todopoderoso, os conceda el conocimiento:

1

Mi vecino, Tarik al-Bashui, maltrató a su mula. No había motivo. La ató a un poste y la golpeó con saña. La azotó una y otra vez hasta que el animal hincó las rodillas y cayó al suelo como un saco de carbón. Conozco el corazón bondadoso de Tarik. ¿Cómo dejó de ser el que yo conozco? ¿La ira fue el amo de Tarik? ¿Tal vez la ira golpeó a la mula? ¿Y si fue de esta manera, quién puso la ira al gobierno de Tarik? Fue cruel e inmisericorde. Tarik fue débil y obró con maldad. Pregúntate, hermano ¿Estoy libre de hacer el mal?

Rasif, hijo de Abú al-Zubair, imán de Basora, robó un zarcillo de mucho valor en la casa de Yusuf ben-i Guarish, alguacil de la ciudad.

Rasif jugaba con el hijo del alguacil, Nur al-Din. Ambos eran dos niños que empezaban a despertar a la juventud. Vió el zarcillo y pensó que si lo vendía tendría muchas monedas. Así que lo metió en un pequeño bolsillo interior de su túnica.

Cuando fue acusado del robo, inculpó a su amigo, Nur al-Din. Rasif dijo que Nur al-Din le había contado que pretendía venderlo a Abdul ab-del Hamy, el tasador, y así poseería una gran cantidad de monedas.

Siendo Rasif hijo del imán, le creyeron inmediatamente. De modo que las sospechas recayeron sobre Nur al-Din, el hijo del alguacil.

Dejó pasar el alguacil dos días, por consejo del imán, para dar tiempo a Nur al-Din a reflexionar y, finalmente confesar. Pero eso no ocurrió.

Aprovechó Rasif la mañana del segundo de los días para disfrazarse y entrar en el local del tasador, abarrotado de clientes. Así colocó el zarcillo entre otras joyas y objetos de menor valor sin ser visto.

El alguacil y el imán fueron al local de Abdul el tasador. Estando allí, rápido encontraron el zarcillo entre otras joyas y artículos.

La noticia se extendió por la ciudad como el fuego en un pajar. La multitud se agolpaba a la puerta del comercio, pues eran dos familias de alto prestigio las que se habían visto envueltas en tan espinoso suceso.

El tasador dijo, una y otra vez, que no sabía cómo aquella joya había llegado allí.

Al día siguiente Abdul, el tasador, fue multado por mentir y comerciar con un niño. Su reputación quedó en entredicho y al poco tiempo cerró el negocio y abandonó Basora.

Nur al-Din, fue azotado públicamente por su propio padre. En Basora fue recordado aquel suceso durante muchos años y el muchacho durante mucho tiempo fue tachado de mentiroso y ladrón.

Habiendo llegado Rasif a la ancianidad, sabiéndose a punto de morir, contó la verdad de lo que había sucedido en su mocedad.

Pregúntate, hermano ¿No caeré nunca por el pozo de la tentación?

¿Por qué Rasif usaría su inteligencia de una forma tan malvada? ¿Cómo podría un alma sencilla, causar conscientemente tanta desdicha a sus vecinos? ¿Qué impío gobernó sus pensamientos y qué hiena su corazón? ¿O acaso era tal la naturaleza de aquel ser?

3

Abd Affan Zubayr sentía envidia de su hermano Halleb, quién estaba casado con una hermosa mujer. También tenía un hijo sano y fuerte, y un negocio de cría y doma de caballos muy próspero. Halleb era un hombre dichoso.

Abd Affan, también tenía esposa e hijos y una cómoda situación económica; pero no era feliz. Se comparaba y se fijaba en su hermano y no valoraba lo que la vida le había ofrecido.

Tan fuerte era la envidia de Abd Affan sobre Halleb, que se había transformado en un rencor enfermizo e infundado y en un odio profundo y hostil.

Abd Affan, lejos de poner freno a ese sentimiento de aversión hacia su hermano, forjó con toda su voluntad el propósito de destruirle.

Primero hizo enfermar a los caballos del negocio de Halleb. Para ello mezcló hierbas venenosas en su forraje. Halleb perdió la mayoría de sus hermosos animales y con ellos a su clientela.

Con el pesar de su hermano, Abd Affan sintió una fortaleza que nunca había experimentado. Fingía estar triste por Halleb y se hacía cercano a él y a su familia. Sin embargo el arrollador sentimiento que anidaba en su pecho era horrible y le embriagaba.

Con el paso de los días, ese perverso sentimiento de horrible gozo frente al mal de su hermano, lo transformó en un deseo insaciable.

Una noche, Abd Affan despeñó en un barranco a una de sus cabras. A la mañana siguiente, fingió

echarla en falta en el rebaño. Pidió a Halleb que su hijo le ayudara a buscarla. El sobrino de Abd Affan tenía diez años y amaba y respetaba a su familia con la inocencia de la niñez feliz en la que había crecido. Llegados ambos al barranco donde había despeñado la cabra, Abd Affan empujó a su sobrino quién cayó al vacío muriendo en el acto.

El aciago suceso desgarró el corazón de Halleb, lo que desató un oscuro arrobamiento de placer en Abd Affan.

Halleb cayó en un pozo de tristeza. Como no comía y no se levantaba de su lecho, quedó inválido.

El estado de debilidad y ausencia de su hermano, Abd Affan lo aprovechó para flirtear con su cuñada. Ésta, viendo la ruina en que se había convertido su hogar, se dejó arrastrar por el hermano de su marido.

Halleb, consumido por la pena y la enfermedad, murió al poco tiempo.

¿Qué ave retorcida entró en el pecho de Abd Affan e hizo su nido en él? ¿Qué soplo malvado insufló esa terrorífica envidia? ¿Quién la alimentó y la transformó hasta ser una encarnación del Mal?

Pregúntate, hermano. ¿Estoy yo libre de ser discípulo del mal?

4

¿Tienes el conocimiento?

Una guerra silenciosa se desató en el Principio. Es una guerra eterna. Dos son los contendientes. Miles de años de lucha extinguieron sus vastos ejércitos. Pero la lucha no termina nunca, pues hay fuerzas que una mente que no ha sido preparada no puede entender. Tal es la vastedad de su comprensión, tal su peligro.

¿Tienes ya el conocimiento?

En cada situación aparece la pugna. Y en todos los rincones, por muy lejanos y desconocidos que sean, allí donde el hombre pise, se libra la batalla.

A cada instante se libra la batalla. Cada ser debe dar respuesta a las preguntas ¿cómo mediaré en el

lugar en el que vivo? ¿cómo miraré a mis vecinos?, ¿cómo guiaré mi rebaño hacia los mejores pastos? ¿cómo ganaré el sustento? ¿de qué manera atenderé a mi familia?... un sinfín de ellas aparecen en el camino.

Si un hombre común, un hombre cualquiera, contesta a las preguntas gobernado por el Mal caerá sobre él su Yugo y será uno de su terrible hueste.

¿Lo viste? Extasiado por el Mal, un hombre cualquiera puede causar daño y pesar, muerte y destrucción.

Si un hombre común gobernado por el mal puede ser fuente de pesar y muerte ¿qué no podrá causar uno rico o uno con poder, un dirigente o un caudillo, si es dirigido por el Mal? ¿Qué no podrá hacer un Príncipe que abraza la fuerza equivocada? ¿No multiplicará por un millar el dolor y la destrucción que causará?

Y encarnado el Mal en un Caudillo ¿quién se enfrentará a él? ¿Quién le hará frente? ¿Quién se encargará de luchar contra ese Príncipe del Mal?

¿Quién destruirá a ese Poderoso instrumento del Mal?

5

Por eso os digo:

El Mal no descansa. El Mal es astuto. El mal es poderoso.

El Mal se presenta de maneras diversas. Tiene miles de rostros y es experto en el arte del disfraz.

Si es la llama que provoca un incendio, puede parecerte brisa fresca y agua que mana pura de la fuente.

Es como una bestia inmundada, pero puede presentarse en forma delicada y hermosa.

Pretendiendo traición y lealtad, puede ocultarlas bajo falsa lealtad y misericordia.

El Mal no descansa. El Mal es astuto. El Mal es poderoso.

Vigila tus puertas y tus ventanas. Vigila el cercado de tus ovejas. Que no descansa el pastor, ni el justo, ni tampoco el sabio, y juntos vigilen.

Que vele el hombre fuerte que reúne a los Tres. Que vele el hombre fuerte que no teme a la oscuridad.

Pues el Mal es astuto y poderoso y nunca descansa.

6

Nuestro pueblo es grande. Millones somos los hombres que nos sabemos hermanos bajo el mandato del Creador.

Nuestro pueblo, dividido en Mil tribus, es sólo uno ante los designios del Todopoderoso.

Que los más sabios, aquellos que ven más allá de lo que les muestre la vista, que escuchan y entienden más allá de lo que expresan las palabras, reunidos en consejo, designen al elegido en la Cosecha.

Pues cada Cosecha da un ser de gran fortaleza.

La Cosecha no es sistemática. La Cosecha no es una prueba. La Cosecha observa mil destrezas demostradas. La Cosecha no es un acertijo, sino mil laberintos en los que no descarrarse.

Los sabios del consejo no actúan; ni siembran, ni podan, ni recogen. Ellos sólo observan y finalmente nombran.

A un hombre fuerte no se le instruye, no se le corrige, no se le guía ni se le cautiva. Él nace y destaca sin saberlo.

La Cosecha está oculta bajo la rutina más cotidiana. Así pasa desapercibida, incluso para el Mal.

Pues si el Mal conociera la Cosecha, supondría el comienzo de su victoria.

Así pues, La cosecha llega a su fin cuando un hombre fuerte es nombrado por el consejo.

El Nombrado tendrá conocimiento de sí mismo cuando recorra El Tramo.

Nadie prepara El Tramo, ni designa su tiempo. El Tramo aparece solo frente a él.

Si los Tres están en él, sabrá que en el Tramo debe enfrentarse a la vida y a la muerte. Entrará en el Abismo y saldrá por la Puerta de la Surah, donde el destino se revela.

Sólo el hombre fuerte, el verdadero Ismah, sale del Abismo.

7

Al hombre fuerte, inmune a las tretas del Mal, yo lo llamo Ismah.

La fuerza de un Ismah no radica en su cuerpo. Es su espíritu el que refulge cual brillante coraza.

Los malvados djinn que le rodean, no pueden tentarlo. Ninguna de sus ladinas artimañas puede engañarlo. Ni el veneno de sus susurros puede embriagarlo. Ninguna de sus amenazas le hará temblar.

Ni el mismo Shaitan acompañado de un ejército puede arrodillarlo.

Un Ismah es un guerrero. Junto a otros formará un ejército. Este ejército será llamado Hamsa.

Un Ismah es un guerrero para la Hamsa. Aunque no sea reclutado, aunque no conozca la Hamsa, un Ismah pertenece a la Hamsa. Pues basta con que se conozca a sí mismo.

Él no baja la cabeza frente al Mal.

Es bueno, pero no se sabe bueno, no se cree bueno. Él no medita lo que es. No argumenta sus acciones.

Si se enfrenta al Mal lo hace como respira el aire o su corazón late.

La lucha no es un propósito. Él acude al campo de batalla como el jornalero camina para regresar al hogar.

Un guerrero de la Hamsa conoce su misión; como el buen herrero sabe fijar perfectamente la herradura al casco.

Pues él se bate en la batalla como el buen padre procura amor y alimento a sus hijos sin esperar nada de ellos.

Él no se compara con otros.

Uno es alto y otro delgado, uno más fuerte y otro más rápido, pero ¿quién puede mejorarse a sí mismo pendiente de los demás?

Si se dirige a la batalla, no piensa en morir o en matar. Él es el que es.

Si mira, no hace falta que abra los ojos. Su corazón lo alerta y lo guía. Los sentidos ocultos son los que descubren donde habita el Mal.

Un guerrero de la Hamsa ve lejos, ve antes y ve con precisión. Él mira con el ojo de su corazón.

Si te cruzas con un Ismah nunca verás al que es. Creerás estar simplemente con un anciano. Pensarás que es sólo un mendigo. Verás solamente un niño. Creerás ver sólo a una esclava.

Un guerrero de la Hamsa no se distingue por su aspecto.

Así como las nubes viajan en el cielo, él no obedece órdenes, sino que sigue el dictado de su destino.

No es valiente ni cobarde.

No es orgulloso ni necio.

Pues un Ishma tiene el conocimiento.

Él sabe que ya es la arena que ha de regresar al desierto.

Y si la cólera del Mal le obliga a alzarse, entonces será temible.